

“MI SUEÑO: QUE MIS HIJOS PUEDAN CONTINUAR CON LA EMPRESA”

Omar, Gustavo y Gabriela Badalá

Los orígenes

Omar: Nací en Junín, hijo de Salvador y Josefa Badalá, en una familia típica. Yo fui el hijo mayor. Mi hermana, Silvia, es dos años menor.

Estudí la primaria y luego la secundaria, en la Escuela de Artes y Oficios. Empecé a trabajar a los trece años en un taller, para contribuir con la economía familiar. Tuve que estudiar de noche, hasta que la situación se hizo insostenible y deserté.

Trabajé en el taller hasta los dieciocho años, cuando me tocó el servicio militar. Tras la baja, estuve empleado en Fabricaciones Militares durante un año y medio. Luego, regresé a Junín, donde abrí mi propio un taller de estructuras metálicas.



Sergio Badalá en su casa, a los 2 años.



El día de su casamiento, a los 25 años.



Badalá padre e
hijo, en la fábrica.
Año 2016.

Era todo un desafío lanzarme por cuenta propia; pero me motivaba la ambición de progresar en la vida y por eso no me preocupaba si había que trabajar duro.

Comienzos en la industria

Corría 1967, cuando empecé con un par de empleados en un galpón sobre la avenida Libertad. Comenzamos montando estructuras de tinglado. Todo era muy precario. Hasta llevaba los fierros en bicicleta. La vida era más sacrificada en esos tiempos.

Trabajaba muchas horas, de lunes a lunes. Pero no estaba solo. Mirtha, con quien me casé en 1979, fue un sostén para el desarrollo, no sólo de la



familia, sino de la empresa. Ella se quedaba conmigo armando tornillos hasta la madrugada. Como había sido costurera, ahora seguía usando el dedal pero para no lastimarse, con el metal.

De a poco, la situación fue mejorando. Fuimos incorporando obras más grandes y complejas, como hangares, supermercados, galpones y estaciones de servicio.

Cuando me tocó tener obras lejos de casa, Mirtha se puso a la empresa y la familia al hombro.

De a poco, el esfuerzo empezó a rendir sus frutos. Nuestra empresa creció y nos mudamos a un galpón de 150 m², en Aparicio y Posadas.

Segunda generación

Los años fueron pasando y nosotros tratando de adaptarnos a las vicisitudes de hacer industria en Argentina.

Pasamos por todas las crisis: Martínez de Hoz, Alfonsín, Menem... En 2001, estuvimos casi un año parados y con los empleados suspendidos. Para sobrevivir, en simultáneo, vendía lanchas. Eso me ayudó a salir adelante, además de que siempre trabajé con ganas y jamás bajé los brazos.

Yo decía: hoy la estamos pasando mal. Pero mañana vamos a pasarla mejor. Y pasado mañana, mejor aún.

En aquellos años, mis hijos Gustavo y Gabriela empezaron a incursionar en la empresa.

Gustavo: Nací el 14 de enero de 1980 en Junín. De chico ya iba a la fábrica a jugar. Más adelante, empecé a engrasarme las manos y a colaborar. Estudié



para bachiller en la escuela pública y después ingeniería en construcciones en La Plata. Tras mi graduación, a los veintiocho años, me metí de lleno en la empresa.

Gabriela: Nací el 6 de junio de 1981, en Junín. De chica venía a colaborar en la fábrica. Mi papá estaba con la máquina de escribir y yo venía a ayudar con la computadora. Empecé como un juego, llevando papeles al contador.

Estudí el profesorado de inglés, pero después me decidí por abocarme por completo a la empresa familiar. Yo me ocupo de la parte administrativa.

Metalúrgica Badalá, hoy

Omar: Actualmente, somos una firma muy respetada en el rubro de las estructuras metálicas. Construimos galpones, tinglados y naves industriales, entre las más de mil obras en nuestro haber en Mendoza, Córdoba, San Luis y Santiago del Estero, entre otros lugares.

Trabajamos para clientes de gran prestigio como Nidera y Molinos. Ellos saben que hacemos un trabajo de calidad. Por eso vuelven.

Desde 1996, la empresa funciona en un galpón de 1200 Omar:. Hoy contamos con nueve empleados, de los treinta y cinco que llegamos a tener en otros tiempos. En los últimos años, empezamos a trabajar con un esquema más basado en la subcontratación que en la estructura propia.

La incorporación de mis hijos fue clave para mejorar la gestión. Aportaron una mayor formalización de los procesos. Dieron otra perspectiva.

Somos una fábrica pequeña pero trabajamos mucho. A veces, nos ha pasado de tener que rechazar trabajos. Si no podemos cumplir con los tiempos, preferimos decirlo. La palabra vale más que un contrato.

Gabriela: Nuestro padre tiene la capacidad de proyectar, en nosotros y en sus nietos. Mi hermano y yo estamos en el aquí y el ahora. Él ya mira a la siguiente generación. La nuestra es una empresa que desborda de juventud, inteligencia y profesionalismo. Tenemos un gran futuro por delante.

El legado

Omar: Ahora son los chicos los que se ocupan de la empresa. Yo voy todos los días, pero ya sin horarios fijos. Cuando no trabajo, paso el tiempo en el Rotary Club o en la Sociedad Italiana. También me gusta tomarme dos o tres meses de vacaciones en Mar del Plata, una ciudad que me encanta. Sé que puedo irme tranquilo porque mis hijos son responsables y trabajadores.

Gabriela: Nuestro padre nos enseñó a ser inquietos y a buscar nuevas oportunidades. Y, sobre todo, a trabajar con alegría, respeto, compromiso y unión familiar.

Omar: Para mí, es un orgullo ver que una tercera generación ya podría asomar en el horizonte.

Gabriela: Estoy casada con Cristian, con quien tenemos dos hijos: Guadalupe, de siete años y Bautista, de uno.

Gustavo: Con Verónica, mi esposa, tenemos tres hijos: Salvador, de cinco años; Josefina, de tres; e Isabela, de ocho meses.

Omar: De mi padre, aprendí los valores que forjan el carácter de cualquier persona: a ser buena gente, a tener códigos y a respetar al otro. Es una pena que no haya llegado a ver la empresa y familia que construí.

Empezamos sin nada, pero con mucha fuerza para trabajar. En la fábrica donde jugaban mis hijos, hoy juegan mis nietos. Mi sueño: que mis hijos puedan continuar con la empresa. Siempre juntos. Es la forma de ir hacia adelante.